

RAMÓN PALOMARES: NUEVA VISIÓN DE LO TELÚRICO

Rafael José Alfonzo

Gran parte de la producción poética venezolana se ha generado a partir del tratamiento “directo o descarnado” del paisaje. La montaña, el llano, los desiertos se han convertido en los escenarios o marcos escénicos donde la imaginación posibilita el encuentro del hombre con universos posibles. Ya como interlocutor, ya como símbolo o simple extensión geométrica el paisaje ha sugerido a nuestros poetas las más impredecibles formas de concebirse y de concebir el mundo.

Existe una poesía donde el paisaje se vislumbra como un encuadre frío, inerte, que sirve para manifestar fehacientemente un juicio, una doctrina o tesis impostergable. Caso concreto de nuestra herencia poética cívica o patriótica que surgía imperiosamente con la finalidad de impregnar la marca de una nación todavía inexistente. El más relevante de los poetas que tenía esta percepción del paisaje fue Andrés Bello. Concebía esa “fecunda zona” como el sitio del reposo, de una paz extraída de las sombras de un Virgilio, de un Horacio o Fray Luís. Paisaje libresco, naturaleza que se cristalizaba en una inmensurable comucopia de donde brotaban los más variados frutos de la tierra americana. Todo se conjuga en una dimensión impasible: espacio donde el símbolo evidente, la alegoría fácil se enhebraban para conformar la imagen intelectual deseada. Allí

el hombre no existe, sólo se percibe su espectro, es el boceto de un destinatario que recibirá supuestamente el mensaje cívico que pretende irradiar el texto.

Otro creador de imágenes más "deslumbrantes" -Francisco Lazo Martí- sigue los linderos tocados por Bello. El llano personifica ese paraíso terrenal que invita al sosiego, al reposo de la vejez enardecida por "el brumoso horizonte/ que de apiñadas cumbres se corona". De la misma manera que la "Silva" de Bello, la "Silva Criolla" de poeta llanero nos remite a una concepción maniqueísta del paisaje. Ciudad y campo se oponen, llano y montaña encaman el bien y el mal, rivalizan, son lanzados a una disputa incitada por una **interesada** visión ética de la vida. Pero ese llano de "mirto y rosa y pálidos jazmines" ha sido tocado por una voz diferente: Enriqueta Arvelo Lariva (1886-1962). Su poesía re-inventa el paisaje llanero; va más allá del **telurismo**, imantiza el contomo, lo revela; si su predecesor nombraba o catalogaba ella re-inventa otra dimensión de lo concreto para hacer posible su plegaria al vacío, su diálogo con la ausencia. El llano será entonces ese lugar absoluto donde se conjuga lo huidizo y lo permanente, donde es posible ser imagen, convertidos en imagen: "Un oscuro impulso incendió mis bosques/ Quién me dejó sobre las cenizas?/ "Andaba el viento sin encuentros, / Emergían ecos mudos no sembrados"/ Partieron el cielo pájaros sin nidos/ El último polvo nubló la frontera"/ Inquieta y sumisa, me quedé sin voz" ("Destino").

Vemos entonces que mucho más allá de la intención pedagógica, de la imposición de una tesis redentora del hombre americano, el paisaje es tratado desde otra perspectiva. Frente a esa visión "intelectual", forzada, a veces

elemental, de nombrar la tierra se opone una óptica reinventora, capaz de deslumbrarnos una idea diferente, metafórica del hombre y del cosmos. De esta manera, el paisaje rompe con sus habituales ataduras sígnicas para llegar a ser otra cosa: no está referido a sí mismo, se transparenta, se hace palabra, silencio, imagen, regreso a la infancia, nostalgia del paraíso, juego, memoria de nuestros antepasados, errancia, epifanía, máscara. Ya no es una línea divisoria que reafirma el contraste entre el bien y el mal, entre cultura y civilización¹, entre guerra y paz sino que se configura como una metáfora del mundo. Así, los poemas de Ramón Palomares (1935), *Escuque* abandona sus referencias regionales para convertirse en una visión de otro mundo, una idea, una revelación del hombre. Antes Vicente Gerbasi (1913) había descifrado en el paisaje de Canoabo los misterios de la tierra. Detrás de las apariencias visuales de esa geografía rural Gerbasi revela los murmullos de sus antepasados y nos expone a la intemperie del tiempo. Espacio del regreso, de la pérdida, vuelta a la abigarrada extensión del misterio: "Venimos de la noche y hacia la noche vamos" (*Mi padre el inmigrante*). En el paisaje el hombre se hace imagen, signo, deslumbramiento de la memoria: "Soy un cafetal de luciémagas/ la luz en la sombra, / donde mi madre me hablaba/ de su patria, /mientras me daba a beber/ una taza de chocolate. (...) Mi ser en la vegetación/ era/ un miedo a convertirme/ en una estrella fugaz"(Noche de infancia)./

En los textos de Palomares lo propio, el terruño, la comarca con todas sus implicaciones y elementos caracterizadores: lenguaje, personajes, vicios atávicos y formas de vida, están insertos en un contexto cultural más amplio. Es por eso que la comarca será la imagen de un mundo donde está presente toda

Una problemática que confronta el ser humano. La identidad de pueblo y cultura, en este sentido, se escenifica, posibilitando que la región, ese sitio nebuloso o de montañas laberínticas traspase sus límites para hacerse voz del universo.

En **Adiós Escuque** (1974) de palomares el mundo natural se quebranta, se hace memoria, mito, tránsito, destino espejante, extravió Aves y árboles se integran a una cosmogonía familiar donde la muerte avizora los espacios; ¡a noche se hace temporalidad alada: "Y no se acuerda aquellas noches que pasaban volando? -Aves, sí?,² se vuelve pájaro nocturno que trae las quimeras y el sueño. El árbol cosmogónico de la infancia enredado de pájaros y voces familiares expresa la nostalgia de un paraíso perdido y la "Originaria escisión que otorga existencia a los seres en el mundo de lo indiferenciado, aludiendo a todos los males y bienes que entraña semejante estado que fatalmente culmina en muerte".³ Podemos decir que ese "Árbol Florido" simboliza un cosmo viviente donde se anidan lo material y lo espiritual; es el misterio de la verticalidad, de la fuerza cósmica que provoca el desarrollo, es el prodigio de la expansión y une lo terreno y lo celeste. En el poema "Yo mismo pasando por esta vida" a través de la imagen del árbol el poeta nos descubre la realidad mítica de su comunidad, ese universo donde vivos y muertos se entrecruzan y comunican: "Árbol florido Todo él echado sobre el patio cabeceando sus hojas? entredormido⁹ Bueno Vivía allí una vieja con su perro y yo mismo Niño[?] Yo nacía y nacía Todos los días naciendo/ De unas nubes areboladas. De un cantío de gallos De unos pájaros..., Venían quién sabe de qué vidas"⁴

Al igual que los pájaros los árboles pueden encarnar a un ánima, se

Transforman en símbolo de la ascensión a las regiones superiores. Palomares ve en los árboles figuraciones de difuntos que vienen de los sueños y se diluyen en conversaciones incesantes; son ánimas, árboles que deambulan en sus propias sombras, provienen de lo etéreo y de lo onírico y es por eso que se hacen representaciones de una cosmogonía doméstica que "une lo infernal con lo celeste, el aire con la tierra, oscila del día a la noche y de la noche al día: 5 "Hoscas conversaciones que llegaban/ Gentes del sueño Gentes del viento? Eran árboles ventosos (..) Nonmás éramos una conversación".6

Otras veces la naturaleza se conmuta en flores, serpientes, zamuros y otras bestias rapaces para darnos una imagen fúnebre del padre, éste se hace parte de esa misma naturaleza y lo grotesco se expresa como preludio de lo infernal. Todo esto nos da una visión transfigurada del padre, se hace mítico, se constituye en un ser cósmico que deviene de los diferentes puntos cardinales del universo, es, en este caso, el dominador de las esferas celestes, un espíritu aéreo "que agranda el mundo más allá de todo límite:"7 "Eres el desconocido que viene del oeste/ (...) el de la serpiente amarilla en el gran salón/ el de los cortinajes sobre su cabeza/ (...) El matador de los vientos el masticador de estrellas/ El despedazador de nubes/ (...) El dominador. Gran jugador del multicolor atavío/ (...) Vuelves del oeste/ recoges tu corazón/ Miras la colina tomarse como una perdiz" 8

Igualmente los pájaros configuran el demoníaco y el terror. Se traducen en abismal: donde el hombre se extravía, es tentado y perseguido Allí se sumerge en sus negreras, en sus infiernos interiores, en una errancia que culmina en la muerte. Es expulsado \recogido a la vez pero no para sentir el abrazo de una

protección inminente, por el contrario, sentirá el peso de una exclusión eterna, de una pena. Notamos que "El Noche", el borococo, las culebras y los bailes se transmutan en imágenes del demonio y la muerte: "Aquí llega el noche (...) /abriendo cedros/ echando ramas sobre sí, /muy lejos"⁹ (...) "Me metí por el canto del borococo/ me metí por su oscuridad, me fui donde sus plumas silban., / allí están echados sus perros/ allí está su casa entre humo".¹⁰

La imagen del extraviado se esparce en los elementos que se desintegran en el paisaje andino. Todo se vuelve espejeante, dolido y quebradizo. Y ese que monologa ante una imposibilidad de ternura se hace rumor, lluvia, hilacha sequedad. El contomo se deshace y el mismo hombre participa de esa mutación hacia lo horrible; involucona, y llega a ser "tierra pelada", agua y lamento. En ese ámbito el **paisano** ha perdido su propio rostro; sólo permanecen restos de su destino, de la historia de su soledad en la oscuridad de un paisaje que le sirve de interlocutor y que reafirma su errancia: "Hasta que la cara me quedó como tierra pelada/ que no tuve cara/ que se me fue apagando la vista y que se me fue deshaciendo la boca/ y quemándose la lengua (...) Me puse como una oscuridad/ y rodé hacia las espinas entre el olor del naranjo(...) Y no era sino una lluvia/ vuelto hilacha, / y olía como hoja podrida/ vuelto los ríos/ vuelta la agüita que baja por los zanjones".¹¹

Podemos decir que Escuche se constituye como el espacio poético, el absoluto, espacio donde todo deja de ser contradictorio, es en sí una metáfora de un mundo original y mágico. Y Palomares como el poeta de Canoabo descifra los misterios de la tierra, interroga los ecos de la casa para reencontrarse con el lado oscuro de nuestro lenguaje: el murmullo de los muertos.

*"Imagínese que es de noche Bien entrada la
noche Imagínese que tocan la puerta
Ya está dormida y vienen
y le tocan
"Adelante¹ Adelante Quién?
Aí entran El cerezo. El Almendrón, Pandeño, Hojalapas...

"Animas Benditas Qué es esto? -Antes que
sepas lo que somos Oímos bien

Oíros

Acordate suficiente todo lo que por vos sufrimos, aguantamos, callamos,
esperamos, trasnochamos, morimos... "2*

De igual manera nos sorprende, en la poesía de Palomares, cómo las formas populares del habla, esa cadencia, tonalidad lastimosa o dolida se transforma en un lenguaje de tinieblas clarísimas que tienden a poetizar el mito y la leyenda. Eso sí, el serenado mito comarcal, de los solares de la infancia, el que surge en nuestra lúdica relación con el espacio incandescente del patio. Y no es la leyenda de las estereotipadas gestas heroicas, sino aquellas que se generan en los ángulos del miedo y del asombro. Leyendas de caminos, de tránsitos de arrieros, de fiestas, bailes, y días consagrados en los que aparece "El Noche", con la figura de un paisano y sin hablar mostrando furiosamente las

estrellas que tiene entre las uñas, sus perros entre las piemas y va "alzando los brazos como relámpago/ abriendo cedros echando las ramas sobre si, muy lejos".¹³ O, aquella anima, reiterativa presencia en nuestra tradición oral, que relumbra para mostrar su enancia, como aquellos personajes rulfianos que eran solos deshilachados murmullos que tocaban la penumbra de la casa presagiando su mala suerte: "... Vos que sos un ánima, Ismael, /vos que nadas por las tinieblas⁹ te escuchamos. ? A ver, a ver? te vamos a dar el descanso, te vamos a dar/ la rosa que laves al cielo..."¹⁴

Observamos en la poesía de Palomares cómo el contomo se constituye como un orbe de significados, un lenguaje. Expresa nuestra tradición hispánica, campesina. Es el ámbito de la recuperación, de la memoria, de las conjuraciones. Búsqueda, peregrinaje, nostalgia. Como caja de resonancia del mundo nos encontramos en su extensión huidiza "con esos seres maravillosos y esas visiones mágicas de campesinos que dialogan con los pájaros, con el sol, con la neblina y la soledad"¹⁵

*- Y qué me vas a hacer ahora? -me dijeron los gallos ya nosotros nos
vamos, ya te dejamos, aquí no nos vamos a estar.
..... y quedé
en el aire*

Ramón Palomares: Nueva Visión de lo Telúrico

Y me dijo el aire: -No te sostengo,

Y me quedé en los naranjos y los naranjos me dijeron:

-Nosotros nos vamos " 16

En esta poesía las voces del pasado y del presente tienen un resonar distinto, el paisaje se hace extensión revelada, metáfora del hombre, memoria del paraíso, del infierno, metamorfosis, gozo, miedo, seducción de los sentidos. Es más que una apariencia visual, representa, de esta manera, la esencia de una condición. De allí que arrastra, señala, hunde sonoramente la memoria, el tránsito, el ser: "Anda ve que el viento se llevó la troja? Mira que el sol se está comiendo los zanjones, que la tierra se está cuarteando".⁷ No oigo ni las crecientes/ ni cuando tocan por las fiestas, /ya no tengo más suerte, ya/ se la dieron a otro, / me fui, soy un rumor".⁸

El paisaje, de esta manera, aflora como una nueva forma de nombrar al hombre, de visualizar a través del lenguaje la línea que marca su destino errático y volátil. Paisaje que encarna las voces de nuestros antepasados, entrelazado de enigmas, de lacerantes silencios. Lo físico enmascara y transparenta, conjura y expulsa, se hace cifra, memoria terrenal. Los poemas de Palomares van más allá de la percepción del contorno como zona neutra, han creado a partir de la vivencia aldeana, de los ecos familiares, de los juegos de infancia del desencanto, un nuevo espacio: lugar del absoluto. La comarca así adquiere nuevos atavíos y se transforma en una metáfora del hombre y del cosmos.

Notas

"Cultura es una palabra ligada a la tierra, al suelo, civilización implica la idea de construcción social, histórica. Por eso se puede hablar de cultura popular pero no de civilización popular"(Octavio Paz, "Televisión: Cultura y Diversidad", **Hombres en su Signo**, Barcelona, Seix Barral-Sudamericana-Planeta, 1984, p. 68,

"La Niña rosa habla con sus Quimera", **Adiós Escuque _ Mérida**, Ediciones de la Universidad de los Andes, Dirección de Cultura, 1974, p. 23

María Teresa Peralta, "Simbolismo del Mundo Vegetal", **Historia del mundo insólito**, Barcelona Editorial Marín, 1979, p 64

⁴**Adiós Escuque, p 49**

Gastón Bachelard, **El Aire y los Sueños**, México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 1982, p. 260.

¹**Adiós Escuque**, "Abuelos u Muertos, "Tías y Retías y demás sombras 'p. 59. ¹ **Paisano**, "Abandonado", p. 109.

⁸**Ibidem**, "Juan León", p. 95.

⁹**Ibidem** (Paisano) "Muerte", p. 114.

¹⁰**Ibidem**. "Muerte"

¹¹**Ibidem**, "Abandonado" p 112.

¹² **Adiós Escuque**, "El corazón atendiendo una visita", p. 27 " **Paisano** "El Noche", p. 95

¹⁴ **Ibidem**, "Ismael", pp. 102-103

¹⁵ Osear Zambrano Urdaneta, **Palabras para clausurar el Segundo Simposio de Literatura Trujillana "Ana Enriqueta Terán"**, Trujillo, 27 de junio de 1992, p 6

¹⁶ **Paisano**, "Abandonado", p. 109

¹⁷ **Ibidem**

¹⁸ **Ibidem**